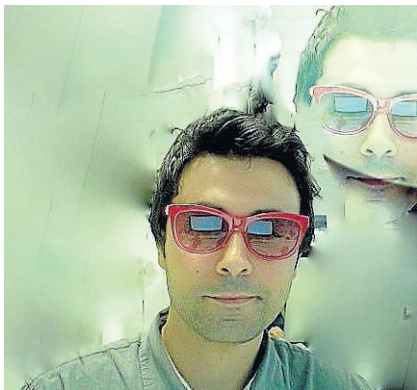


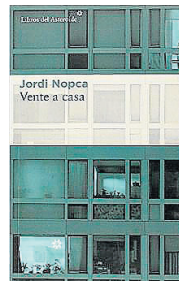
NARRACIONES

Historias de amor y de dureza



Vente a casa. Jordi Nopca. Traducción del autor. Libros del Asteroide. Barcelona, 2015. 190 páginas.

Qué pasaría si en pleno siglo XXI Robin Hood irrumpiera de nuevo en escena, y qué pasaría si no lo hiciera para devolver el dinero que los ricos roban a los pobres sino para llevar cada tarde un vaso de chocolate caliente a una bella 'Miriam' atrapada en una tienda de ropa y regalos en un renombrado centro comercial de la cosmopolita Barcelona. Pues pasaría que ustedes, tal y como he hecho yo, estarían



sentados frente a las páginas de luminoso libro de relatos de Jordi Nopca (Barcelona, 1983) 'Vente a casa'; el libro lo escribió en catalán y él mismo lo tradujo al castellano. Si no lo han hecho ya, sentarse frente a sus páginas, no duden en hacerlo porque sostendrán entre más manos un triunvirato de frescura inteligente, audacia literaria y firmes homenajes.

Enfrentarse a un puñado de cuentos no es siempre tarea fácil. Los libros de cuentos suelen asustar porque teme quien lee que va a encontrar un rosario historias a medias o una fallida novela cuyo autor no

FICCIONES

NOVELA EL POETA, NARRADOR Y AUTOR DE LIBROS DE VIAJES PUBLICA UN INTENSO RELATO DE UNA INFANCIA TERRIBLE

Ángel Gracia: de dónde venimos

NOVELA DE FORMACIÓN

Campo rojo

Ángel Gracia. Candaya. Avinyonet del Penedés, 2015.- 256 páginas

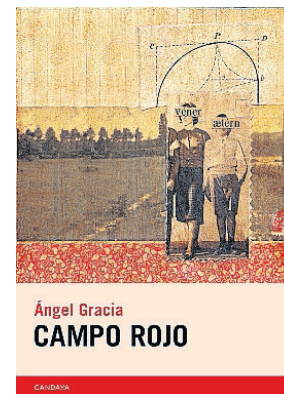
No hace falta que la infancia que en su día vivimos se parezca demasiado a la que Ángel Gracia acaba de retratar (y compadecer) en 'Campo Rojo' para comprender que en esta novela sobrecogedora se está escribiendo sobre la infancia de todos; es decir, no es necesario que se produzca una identificación para que tenga lugar un reconocimiento, ese vértigo de la buena literatura cruda que se parece al que se siente cuando uno sueña que saca demasiado el cuerpo al asomarse por una ventana.

'Campo Rojo' es una novela de terror, pero es un terror, ay, «realista», casi costumbrista al fotografiar determinadas escenas de la sobrevalorada España de los ochenta. También en el lenguaje de los personajes (y en el de ese narrador que se cuenta a sí mismo el relato en palpitante presente y en una segunda persona que en el trágico final se revela algo acusadora, llena de mala conciencia) hay afán ininterrumpido por reproducir un mundo que estuvo y que pasó, una jerigonza preadolescente tan grosera como ingenua que, curiosamente, fatiga más en las treinta primeras páginas que a partir de ese momento, cuando uno ya está atrapado por la historia, sumergido en sus códigos, acompasado con su punto de vista. Ese sostenido argot de muchachos desorientados y vulnerables no sólo no te expulsa sino que te obliga a entrometerte, y consigue hacerte cómplice.

Sin contar al principio casi nada, Ángel Gracia cuenta cosas necesarias y las cuenta muy bien, levantando un paisaje generacional desolador en un escenario que no es menos desértico, esa carretera de Los Molinos que, a las afueras de Zaragoza, hacia de bisagra entre la ciudad y el campo, un territorio de transición entre la activi-



Ángel Gracia, director de comunicació de la FNAC, aborda el territorio de la infancia. COLUMNA VILLARROYA



guel Serrano Larraz en cuanto a reconstrucción de una infancia poco amable y secuestrada por una jerarquía extraña e injusta pero fatalmente coherente, basada no exactamente en la ley del más fuerte sino en la del más violento.

El innominado protagonista recibe afecto y es capaz de darlo, le gusta aprender cosas y es consciente del tamaño del mundo, pero, a pesar de «esa fuerza invisible que sólo poseen los esmirriados y los enclenques» (p. 134), se sabe limitado por la acosadora vigilancia de los «pegones» de la clase, que en su caso atacan sus dioptrías y sus buenas notas. Al final de la novela, casi a modo de epílogo, hay un paréntesis veraniego en el que, protegido por el cariño de los abuelos y a salvo de la agresividad de los compañeros, parece que todo va a ser apacible («Todos los días son iguales, eso es perfecto. Lo que más te gusta en el mundo es que los días se repitan»: p. 246), pero lejos de terminar con capítulos suavizantes, es en ellos donde con más dureza se revelan las consecuencias de la tensión con la que el niño vive normalmente, siendo ahora él quien asume el papel de matón respecto a otros niños o quien ejerce una violencia estéril, absurda y mecánica con un perro.

Si la novela tiene una tesis, la encontraremos en estas páginas donde se expresa lo que puede hacer un niño sometido e inseguro cuando se ve libre de amenazas y a sus anchas, con todo un verano por delante y en medio de un campo que todavía no es rojo.

JUAN MARQUÉS

TEMAS Y TEMBLORES

Las claves de una escritura descarnada

Razones. «He escrito esta novela -señala Ángel Gracia-, pensando en aquellos que alguna vez han sentido en sus carnes la barbarie de los brutos. La he escrito para situarme del lado de los solitarios, de los marginados, de los diferentes que nunca han podido o querido formar parte de la manada».

Miedo. «El miedo es el eje de 'Campo rojo'. Todos los chavales sienten miedo. Los más cobardes

no son las víctimas, sino los chulitos del barrio, por eso crean esa red de poder en torno a ellos, para protegerse. Al grupo de los más débiles se les llama en la novela, con una ironía cruel, 'Maravillas del Saber'».

Sexo. «El sexo es poder. En la novela, los chavales que llegan a él antes que los demás están revestidos con la aureola de los vencedores. Y el sexo también es violen-

cia, una forma más de sometimiento y humillación, sobre todo a las niñas».

Ecos. «En mi imaginario pesan las imágenes crueles del director de cine Michael Haneke; también me ha influido mucho la mirada violenta de Donald Ray Pollock. También tengo siempre presente a Agota Kristof y su trilogía publicada en España con el título de 'Claus y Lucas'», confiesa Gracia.

Gracia cuenta cosas necesarias y las cuenta muy bien, levantando un paisaje generacional desolador en un escenario no menos desértico

dad urbana y el desasosiego del vacío. Por aludir a otras dos estupidas novelas recientes de jóvenes zaragozanos, en lo que tiene de merodeo de la infancia semirural coincide con 'El Anticuerpo' de Julio José Ordovás, pero recuerda más a 'Autopsia', de Mi-